



REVISTA ILUSTRADA

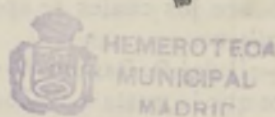
REDACCIÓN

D. BENITO PÉREZ GALDÓS
D. LEOPOLDO ALAS

D. EUGENIO SELIÉS
D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

D. JOSÉ YXART

COLABORADORES: LOS PRINCIPALES LITERATOS ESPAÑOLES



Año 1883

Barcelona, 1.º Marzo

Núm. 7

ARTE.—Puerta de la antigua mezquita de Córdoba.—Las dos urracas, dibujo de Gómez Soler.—La lección del Korán, acuarela de A. Fabrès.

LETRAS.—Los puritanos, novela, por D. Armando Palacio Valdés.—Sobre motivos del último drama de Echegaray, por Clarín.—Mignon (conclusión), por J. Sardá.



PUERTA DE LA ANTIGUA MEZQUITA DE CÓRDOBA

LOS PURITANOS

(NOVELA)

Á LA SEÑORITA DOÑA JOSEFINA LOCATELLI



ERA un caballero fino, distinguido, de fisonomía abierta y simpática. No tenía motivo para negarme á recibirle en mi habitación durante algunos días. El dueño de la fonda me lo presentó como un antiguo

huésped á quien debía muchas atenciones: si me negaba á compartir con él mi cuarto, se vería en la precisión de despedirle por tener toda la casa ocupada, lo cual sentía extremadamente.

—Pues si no ha de estar en Madrid mas que unos cuantos días, y no tiene horas extraordinarias de acostarse y levantarse, no hay inconveniente en que V. le ponga una cama en el gabinete..... Pero cuidado..... ¡sin ejemplar!....

—Descuide V., señorito, no volveré á molestarle con

estas embajadas. Lo hago únicamente porque D. Ramón no vaya á parar á otra casa. Crea V. que es una buena persona, un santo, y que no le incomodará poco ni mucho.

Y así fué la verdad. En los quince días que D. Ramón estuvo en Madrid no tuve razón para arrepentirme de mi condescendencia. Era el fénix de los compañeros de cuarto. Si volvía á casa más tarde que yo, entraba y se acostaba con tal cautela que nunca me despertó; si se retiraba más temprano, me aguardaba leyendo para que

pudiese acostarme sin temor de hacer ruido. Por las mañanas nunca se despertaba hasta que me oía toser ó moverme en la cama. Vivía cerca de Valencia, en una casa de campo, y sólo venía á Madrid cuando algún asunto lo exigía: en esta ocasión era para gestionar el ascenso de un hijo, registrador de la propiedad. Á pesar de que este hijo tenía la misma edad que yo, D. Ramón no pasaría de los cincuenta años, lo cual hacía presumir, como así era en efecto, que se había casado bastante joven.

Y no debía ser feo, ni mucho menos, en aquella época. Aún ahora con su elevada estatura, la barba gris rizada y bien cortada, los ojos animados y brillantes y el cutis sin arrugas, sería aceptado por muchas mujeres con preferencia á otros galanes sietemesinos.

Tenia, lo mismo que yo, la manía de cantar ó cantar al tiempo de lavarse. Pero observé al cabo de pocos días que, aunque tomaba y soltaba con indiferencia distintos trozos de ópera y zarzuela deshaciéndolos y pulverizándolos entre resoplidos y gruñidos, el pasaje que con más ardor acometía y más á menudo, era uno de *Los Puritanos*; me parece que pertenecía al aria de barítono en el primer acto. D. Ramón no sabía la letra sino á medias, pero lo cantaba con el mismo entusiasmo que si la supiera. Empezaba siempre:

Il sogno beato
De pace e contento
Ti, ro, ri, ra, ri, ro,
Ti, ro, ri, ra, ri, ro.

Necesitaba seguir tarareando hasta llegar á otros dos versos que decían:

La dolce memoria
De un tenero amore.

Sobre los cuales se apoyaba sin cesar hasta concluir el *allegro*.

—¡Hola! D. Ramón, le dije un día desde la cama; parece que le gusta á V. *Los Puritanos*.

—Muchísimo; es una de las óperas que más me gustan. Daría cualquier cosa por conocer un instrumento para poder tocarla toda. ¡Qué dulzura hay en ella! ¡Qué inspiración! Estas son óperas y esta es música. ¡Parece mentira que ustedes se entusiasmen con esa algarabía alemana que sólo sirve para hacer dormir!.... A mí me gustan con pasión todas las óperas de Bellini: *El Pirata*, *Sonámbula*, *I Capuletti e di Montechi*; pero sobre todas ellas *Los Puritanos*.... Tengo además razones particulares para que me guste más que ninguna otra, añadió bajando la voz.

—¡Ole, ole, D. Ramón! exclamé incorporándome de un salto y poniéndome los calcetines: vengan esas razones.

—Son tonterías de la juventud.... cuestión de amores, contestó ruborizándose un poco.

—Pues cuente V. esas tonterías. Me muero por ellas: no lo puedo remediar, me gustan más esas cosas que la reforma de la ley Hipotecaria de que V. me habló ayer.

—¡Al fin poeta!

—No soy poeta, D. Ramón: soy crítico.

—Pues me había dicho el amo que era V. poeta.... De todas maneras, se lo contaré ya que V. tiene curiosidad.... Verá V. como es una tontería que no merece la pena.... Pero vístase V., criatura, que se está helando.

El año de cincuenta y ocho vine á Madrid con una comisión del Ayuntamiento de Valencia para gestionar la rebaja de la cuota de consumos. Tenía yo entonces.... eso es, veintinueve años; y ya hacía siete cumplidos que estaba casado. Es una barbaridad casarse tan joven. Aunque no tengo motivo para arrepentirme, no aconsejaré á nadie que lo haga. Vine á parar á esta misma casa, esto es, á la misma posada; la casa estaba entonces situada en la calle del Barquillo. En aquella época, bueno será que le advierta, que me complacía en andar muy lechuguino ó sietemesino, como ustedes dicen ahora, cosa que tenía siempre *escamada* á mi pobre mujer. ¿Para qué te compones tanto, hombre de Dios? ¿Vas de conquista? ¿Quién sabe! contestaba riendo y dejándola un poco contrariada. No es malo tener á las mujeres un sí es no es celosas.

Una tarde, una hermosa tarde de invierno, de las que sólo se ven en este Madrid, salí de casa después de almorzar con el objeto de hacer algunas visitas y también para espaciarme por esas calles de Dios. Iba caminando lentamente por la de las Infantas, meditando sobre el plan de la noche ó sea el modo de pasarla más divertido, y saboreando un buen cigarro habano, cuando de pronto ¡zas! recibo un fuerte golpe en la cabeza que me hace vacilar; el flamante sombrero de copa fué rodando por un lado y el cigarro por otro. Cuando me recobré del susto, lo primero que ví á mis piés fué una enorme muñeca fresca, sonrosada y en camisa.

Esta buena pieza es la que ha causado el destrozo, dije para mis adentros lanzándole una mirada iracunda que la muñeca aparentó no comprender. Mas como no era de presumir que ella por su voluntad se hubiese arrojado sobre mí de aquel modo brusco é inconveniente, pues jamás había hecho daño á ninguna muñeca, creí mas probable que de alguna casa me la hubieran arrojado. Alcé la cabeza vivamente.

En efecto, el reo estaba de pié en el balcón de un primer piso, suspensivo, atónito, consternado. Era una niña de trece ó catorce años.

Al observar la mirada de espanto y congoja que me dirigía se templó mi furor, y en vez de lanzarle un apóstrofe violento, como tenía determinado, le mandé una sonrisa galante. Puede ser que en la formación de esta sonrisa haya intervenido más ó menos directamente la belleza nada vulgar del criminal.

Recogí el sombrero, me lo puse, y volví á alzar la cabeza y á remitir otra sonrisa, acompañada esta vez de un ligero saludo. Pero mi agresor seguía inmóvil y aterrado sin darse cuenta ni poder explicarse las amables disposiciones en que su víctima se hallaba. Á todo esto la muñeca seguía en el suelo inmóvil también, pero sin mostrar en modo alguno sorpresa, pesar, terror, ni siquiera vergüenza de su situación poco decorosa. Me apresuré á levantarla, cogiéndola, si mal no recuerdo, por una pierna, y me informé minuciosamente de si había padecido alguna fractura ú otra herida grave. No tenía mas que leves contusiones. Alcéla en alto y la mostré á su dueño haciéndole seña de que iba á subir para entregársela. Y sin más dilaciones entro en el portal, subo la escalera y tomo el cordón de la campanilla.... Ya está abierta la puerta. Mi lindo agresor asoma su rostro trigüño, gracioso, lleno de vida y frescura, y extiende sus manos diminutas, en las cuales deposito respetuosamente á la muñeca desmayada. Quise hablar, para dar seguridad de que no era nada lo que había pasado, que la muñeca conservaba íntegros sus miembros, y yo lo mismo, y que celebraba la ocasión de conocer una niña tan hermosa y simpática, etc., etc. Nada de esto fué posible. La chica murmuró confusamente un «muchas gracias» y se apresuró á cerrar la puerta, dejándome con el discurso en el cuerpo.

Salgo á la calle un poco contrariado, como cualquier otro orador en el mismo caso, y sigo mi camino, no sin volver repetidas veces la cabeza hacia el balcón. Á los treinta ó cuarenta pasos observo que está la niña asomada, y me paro y la envío una sonrisa y un saludo ceremonioso. Esta vez contesta, aunque ligeramente, pero se apresura á retirarse. ¡Cuidado que era linda aquella niña! Al llegar al extremo de la calle sentí la necesidad imperiosa de verla otra vez, y di la vuelta no sin percibir cierta vergüenza en el fondo del corazón, pues ni mi edad ni mi estado me autorizaban semejantes informalidades; mucho menos tratándose de tal criatura. Ya no estaba en el balcón.

Pues yo no me voy sin verla, me dije, y pian pianito comencé á pasear la calle sin perder de vista la casa, con la misma frescura que un cadete de Estado mayor. Después de todo, aquí nadie me conoce—me iba repitiendo á cada instante, á fin de comunicarme alientos para seguir paseando.—Además, yo no tengo nada que hacer ahora, y lo mismo da vagar por un lado que por otro.

Justamente, al cruzar tercera ó cuarta vez por delante del balcón surgió en él la gentil chiquita, que al verme hizo un movimiento de sorpresa, acompañado de una mueca encantadora, se echó á reír y se ocultó de nuevo.

¡Pero, qué necios somos los hombres y qué inocentes cuando se trata de estos asuntos! ¿Querrá V. creer que entonces no sospeché siquiera que la niña había estado presenciando sin perder uno solo, todos mis movimientos?

Satisfecho ya el capricho, dejé la calle de las Infantas, y me fui á casa de un amigo. Mas al día siguiente, fuese casualidad ó premeditación, aunque es muy probable lo último, acerté á pasar por el mismo sitio á la misma hora. Mi gentil agresor, que estaba de bruces sobre la barandilla del balcón, se puso encarnado hasta las orejas así que pudo distinguirme, y se retiró antes de que pasase por delante de la casa. Como V. puede suponer, esto lejos de hacerme desistir, me animó á quedarme petrificado en la esquina de la primera boca-calle, en contemplación estática. No pasaron cuatro minutos sin que viese asomar una naricita nacarada, que se retiró al momento velozmente, volvió asomarse á los dos minutos y volvió á retirarse, asomóse al minuto otra vez y se retiró de nuevo. Cuando se cansó de tales maniobras, se asomó por entero y me miró fijamente por un buen rato, cual si tratase de demostrar que no me tenía miedo alguno. Entonces se generalizó por entrambas partes un fuego graneado de miradas, acompañado por lo que á mí respecta de una multitud de sonrisas, saludos y otros proyectiles mortíferos, que debieron causar notables estragos en el enemigo. Éste á la media hora oyó sin duda en la sala el toque de «alto el fuego», y se retiró cerrando el balcón. No necesité decirle, que por más que me sintiese avergonzado de aquella aventura, seguí dando vueltas á la misma hora por la calle, y que el tiroteo era cada vez más intenso y animado. Á los tres ó cuatro días me decidí á arrancar una hoja de la cartera y á escribir estas palabras: *Me gusta V. muchísimo*. Envolví dos cuartos en la hoja, y aprovechando la ocasión de no pasar nadie, después de hacerle seña de que se retirase, la arrojé al balcón. Al día siguiente, cuando pasé por allí, vi caer una bolita de papel que me apresuré á recoger y desdoblar. Decía así, en una letra inglesa, crecida, hecha con mucho cuidado y el papel rayado para no torcer: *Tan bien usted me gusta á mí no crea que juego con muñecas era de mi ermanita*.

Aunque sonrei al leer el billete amoroso, no dejó de causarme sensación dulce y amable, que muy pronto hizo sitio á otra melancólica, al recordar que me estaban prohibidas para siempre tales aventuras. Aquel día mi chiquita no salió al balcón, sin duda avergonzada de su condescendencia, pero al siguiente la hallé dispuesta y aparejada al combate de miradas, señas y sonrisas que ya no escasearon por ambas partes. Una hora ó más duraba todas las tardes este juego, hasta que se oía llamar y se metía apresuradamente. La pregunté por señas si salía de paseo, y me contestó que sí; y en efecto, un día aguardé en la calle hasta las cuatro y la ví salir en compañía de una señora que debía ser su mamá y de dos hermanitos. Seguíles al Retiro, aunque á respetable distancia, porque me hubiera causado mucha vergüenza el que la mamá se enterase: la chiquilla con menos prudencia volvía á cada instante la cabeza y me dirigía sonrisas, que me tenían en continuo sobresalto. Al fin volvimos á casa en paz. Á todo esto yo no sabía cómo se llamaba, y á fin de averiguarlo escribí la pregunta en otra hoja de la cartera: *¿Cómo se llama V.?* La chica contestó en la misma letra inglesa y crecida, con el papel rayado: *Me llamo Teresa no crea usted por Dios que juego con muñecas*.

Diez ó doce días se transcurrieron de esta suerte. Teresa me parecía cada día más linda, y lo era en efecto, porque según he averiguado en el curso de mi vida, no hay pintura, raso ni brocado que hermosee tanto á la mujer como el amor. La pregunté repetidas veces si podía hablar con ella y siempre me contestó que era de todo punto imposible: si la mamá llegaba á saber algo ¡adios balcón! Empecé á sospechar que me iba enamorando y esto me traía inquieto. No podía pensar en aquella niña sin sentir profunda melancolía como si personificase mi juventud, mis ensueños de oro, todas mis ilusiones que para siempre estaban separados de mí por barrera infranqueable. Al mismo tiempo me acosaban los remordimientos. ¿Cuál sería el dolor de mi pobre mujer si llegase á averiguar que su marido andaba por la corte enamorando chiquillas! Un día recibí carta suya, participándome que tenía á mi hijo menor un poco indispuerto, y rogándome que procurase arreglar los negocios y volviere pronto á casa. La noticia me produjo el disgusto que V. puede suponer; porque siempre he delirado por mis hijos; y como si aquello fuese castigo providencial ó por lo menos advertencia saludable, después de una grave y prolongada meditación, en que me eché en cara sin piedad, mi conducta infame y ridícula, canté sin rebozo el yo pecador y resolví obedecer á mi esposa inmediatamente. Para llevar á cabo este propósito, lo primero que se me ocurrió fué no acordarme más de Teresa, ni pasar siquiera por su calle, aunque fuese camino obligado; después abreviar cuanto pudiese los asuntos. Según mis cálculos quedaría libre á los cinco ó seis días.

Ya no seguí, pues, la calle de las Infantas como acostumbra después de almorzar, ni aun para ir á la de Valverde, donde vivían unos amigos. Por la noche después de comer, como no había peligro de ver á Teresa, la cruzaba velozmente y sin echar una mirada á la casa.

Pasaron cuatro días: ya no me acordaba de aquella niña ó si me acordaba era de un modo vago, como la memoria de los días risueños de la juventud. Tenía casi ultimados mis negocios y andaba preocupado con la elección del día para marcharme. Será cosa á más tardar del viernes ó el sábado, me dije, después de comer, encendiendo un cigarro y echándome á la calle. El ministro se había negado á rebajar la cuota del Ayuntamiento, lo cual me tenía muy contrariado. Pensando en lo que había de decir á mis colegas cuando me viese entre ellos y en el modo mejor de explicarles la causa del fracaso, crucé la plaza del Rey y entré en la calle de las Infantas. La noche era espléndida y bastante templada: llevaba abierto el gabán y caminaba lentamente gozando con voluptuosidad de la temperatura, del cigarro y de la seguridad de ver pronto á mi familia. Al pasar por delante de la casa de la niña, me detuve y la contemplé un instante casi con indiferencia. Y seguí adelante murmurando: «¡Qué chiquilla tan mona! lastima será que se la lleve un tunante.» Después me puse á reflexionar en lo fácil que me hubiera sido jugar una mala pasada al alcalde y alzarme con el cargo: —pero no; hubiera sido una felonía: por más que fuese un poco discolo y soberbio, al fin era amigo: tiempo me quedaba para ser alcalde. Pero cuando más embebido andaba en mis pensamientos y planes políticos y cuando ya estaba próximo á doblar la esquina de la calle, he aquí que siento un brazo que se apoya en el mío y una voz que me dice:

—¿Va V. muy lejos?

—¡Teresa!

Los dos quedamos mudos por algunos instantes; yo contemplándola estupefacto; ella con la cabeza baja y sin abandonar mi brazo.

—¿Pero dónde va V. á estas horas?

—Me voy con V.—contestó alzando la cabeza y sonriendo como si dijese la cosa más natural del mundo.

—¿Á dónde?

—¡Qué sé yo! Donde V. quiera.

Á un mismo tiempo sentí escalofríos de placer y de miedo.

—¿Ha huído V. de su casa?

—¿Qué había de huir!... solamente se la he jugado á Manuel, del modo más gracioso!... Verá V. cómo se rie... Me empeñé hoy en ir á la tertulia de unas primas, que viven en la calle de Fuencarral y papá mandó á Manuel que me acompañase. Llegamos hasta el portal y allí le dije: márchate, que ya no haces falta; y me hice como que subía la escalera, pero en seguida di la vuelta sin llamar y me vine detrás de él, hasta casa... ¡Cuando le vi entrar me dió una risa, que por poco si me oye!

La chiquilla se reía aún, con tanta gana y tan francamente, que me obligó á hacer lo mismo.

—¿Y V. por qué ha hecho eso?—le pregunté con la falta de delicadeza, mejor dicho con la brutalidad de que solemos estar tan bien provistos los caballeros.

—Por nada—repuso desprendiéndose de mi brazo repentinamente y echando á correr.

La seguí y la alcancé pronto.

—¿Qué polvorilla es V.!—le dije echándolo á broma—¡Vaya un modo de despedirse!... Perdón si la he ofendido...

La niña, sin decir nada volvió á tomar mi brazo. Caminamos un buen pedazo en silencio. Yo iba pensando ansiosamente en lo que iba á decir y en lo que iba á hacer, sobre todo en lo que iba á hacer. Al fin, Teresa lo rompió, preguntándome resueltamente:

—¿No me dijo V. por carta que me quería?

—¡Pues ya lo creo, que la quiero á V.!

—¿Entonces, por qué ha dejado de venir á verme y de pasar por la calle de día?

—Porque temía que su mamá...

—Sí, sí, porque los hombres son todos muy ingratos y cuanto más se les quiere es peor... ¿Piensa V. que yo no lo sé?... Me ha tenido V. al balcón todas estas tardes esperándole; ¡pero que si quieres!... Por la noche detrás de los cristales, le veía pasar, muy serio, muy serio, sin mirar siquiera hacia mi casa... Yo decía, estará enfadado conmigo? ¿Por qué se habrá enfadado? ¿Será porque he cerrado el balcón á las tres menos cuarto? En fin, todo me volvía cavar, cavar, sin sacar nada en limpio... Entonces dije: voy á darle un susto esta noche...

—Ha sido un susto muy agradable.

—Si no llega V. á pararse delante de mi casa y á quedarse mirando á los balcones, no salgo del portal... pero aquello me decidió.

Momento de pausa, en el cual me acudió á la mente un tropel de pensamientos que todavía me avergüenzan. Teresa volvió á mirarme fijamente.

—¿Está V. contento?

—¡Vaya!

—¿Va V. á gusto conmigo?

—Mejor que con nadie en el mundo.

—¿No le estorbo?

—Al contrario, siento un placer como V. no puede figurarse.

—¿No tiene V. nada que hacer ahora?

—Absolutamente nada.

—Entonces vamos á pasear: cuando llegue la hora, usted me lleva á casa y mamá se figura que me trajo el criado de las primas... Pero si le estorbo ó no le gusta pasear conmigo, dígame V... me voy en seguida...

Yo le contesté apretándole el brazo y tirándole suavemente por la mano para encajárselo bien en el mío. Teresa continuó hablando con graciosa volubilidad:

—Parece mentira que seamos tan amigos ¿no es verdad? Yo pensé cuando le dejé caer la muñeca encima que le había matado... ¡Qué miedo tuve! ¡Si V. viera!... Vamos á ver ¿por qué en lugar de enfadarse se sonrió usted conmigo?

—¡Toma! porque me gustó V. mucho.

—Eso pensaba yo: debí haberle sido simpática, porque sino la verdad es que tenía motivo para ponerse furioso. Todavía cuando V. subió á llevármela estaba muerta de miedo y por eso cerré tan pronto la puerta... ¡Dichosa muñeca! Me dió tal rabia que la tiré contra el suelo y la partí un brazo.

—Pues no debe V. tratarla mal; al contrario, debe usted conservarla como un recuerdo.

—¿Sabe V. que tiene razón? Si no hubiera sido por la muñeca no nos hubiéramos conocido... ni sería V. mi novio... porque tengo otro...

—¿Como otro?

—Es decir, ya no lo tengo: lo tenía... Es un primo que está empeñado en que le he de querer á la fuerza... No vaya V. á creer que es feo... al contrario, es guapo... pero á mi no me gusta... No lo puedo remediar. Le dije que sí, porque me dió lástima un día que se echó á llorar...

Mientras conversábamos de esta suerte íbamos caminando sosegadamente por las calles. Para evitar el encuentro con cualquier pariente ó conocido de la niña, procuré seguir las menos principales. Teresa iba cogida á mi brazo como al de un antiguo amigo, hablando sin cesar, riendo, sacudiéndome á veces fuertemente y deteniéndose á lo mejor delante de un escaparate, para hacerme mirar cualquier chuchería. Su charla era un gorjeo dulce, insinuante, que me conmovía y refrescaba el corazón; á impulsos de ella se fué disipando poco á poco el tropel de pensamientos pèridos que vagaba por mi cabeza. Sin saber de qué modo también desaparecieron todos mis temores; me figuraba que aquella niña tenía algún parentesco conmigo, y no hallaba ex-

traordinaria y peligrosa nuestra situación como al principio. Su inocencia era un velo espeso, que nos impedía ver el riesgo que corríamos.

En poco tiempo me contó una infinidad de cosas. Era de Jerez: no hacía más que un año que estaban en Madrid establecidos; su papá ocupaba un alto empleo; tenía dos hermanitos y una hermanita. Acerca del carácter y costumbres de cada uno de ellos se extendió considerablemente: la hermanita era muy buena niña, amable y obediente, pero los chicos insufribles; todo el día gritando, ensuciando la casa y peleándose. Su mamá le había dado jurisdicción sobre ellos hasta para castigarlos, pero no quería usar de ella porque tenía miedo que le perdiesen el cariño: que la mamá se arreglara como pudiese. Después habló del papá, que era muy serio, pero muy bueno; lo único que la tenía apesadumbrada era que parecía querer más á los chicos que á ellas. La mamá, en cambio, mostraba predilección por las niñas. Habló después de las primas de la calle de Fuencarral; una era muy bonita, la otra graciosa solamente: las dos tenían novio, pero no valían cuatro cuartos; chiquillos que todavía estudiaban en el Instituto. Tenían, además, un hermano, que era el primo que había sido su novio; éste ya era bachiller y se estaba preparando para entrar en el colegio de Artillería. De vez en cuando, en los cortos intervalos de silencio levantaba graciosamente la cabeza, preguntándome:

—¿Va á V. á gusto conmigo? ¿Le estorbo?

Y cuando me oía protestar vivamente contra semejante duda, su rostro expresivo se iluminaba de alegría y continuaba hablando.

Habíamos recorrido algunas calles. Ya puede V. imaginarse, que yo iba gozando como los ángeles en el paraíso, y pendiente de los labios de aquella niña que al referirme todas las nonadas infantiles de su vida parecía infundir en mi alma encantada la ciencia de la dicha. Sin embargo, no podía desechar cierta vaga inquietud que turbaba mi alegría. Buscando manera de pasar las horas de que disponíamos más dignamente que vagando por las calles, tropezamos al bajar la cuesta de Sto. Domingo con el Teatro Real. Al instante se me ocurrió la idea de entrar. Teresa la aceptó inmediatamente, y á fin de que no reparasen en nosotros tomamos entradas de paraíso. Se cantaba *Los Puritanos* y aquel rebozaba de gente; de suerte que nos costó algún trabajo introducirnos y escalar uno de los rincones; pero al cabo llegamos. Teresa se encontró admirablemente y me pagaba los trabajos que había pasado para llevarla hasta allí con mil sonrisas y palabras amables. Mientras subían el telón seguimos charlando, aunque muy bajito: se había establecido entre nosotros una gran intimidad, y me abandonó una de sus manos que yo acariciaba embelesado. Cuando empezó la ópera dejó de charlar y se puso á atender tan decididamente, que á mí me hizo sonreír el verla con la cabecita apoyada en la pared y los ojos extáticos. Sabía música, pero había ido al teatro pocas veces; así que las melodías inspiradas de la ópera de Bellini le causaban profunda impresión, que se traducía por un leve temblor de las pupilas y los labios. Cuando llegó el sublime canto del tenor que empieza *A te, oh cara*, me apreté con fuerza la mano exclamando por lo bajo: —¡Oh qué hermoso! ¡oh qué hermoso! Después me hizo explicarle lo que pasaba en la escena: halló el matrimonio del tenor y la tiple muy proporcionado, pero compadecía de veras al barítono á quien birlaban la novia; quedó sumamente contrariada cuando al fin del acto el tenor se ve en la precisión de acompañar á la reina y dejar abandonada á su futura, y declaró resueltamente que esta era una conducta indigna.

—Pero advierta V. que estaba obligado á hacerlo porque era su reina quien se lo pedía.

—No importa, no importa; si la quisiera bien no hay reina que valga. Lo primero siempre es la novia.

No me fué posible arrancarle tan extraña teoría de la cabeza. Después que bajó el telón permanecimos en el mismo sitio y me obligó á contarle mi vida y milagros, cuántas novias había tenido, á quien había querido más, etc., etc. Ya comprenderá V. que necesité ensartar un sin fin de patrañas. Después, sin motivo alguno serio, manifesté rotundamente que todos los hombres eran ingratos. Yo me atreví á apuntar que había excepciones, pero no fué posible hacérselo reconocer.—Usted será lo mismo que todos (anunció en tono profético y mirando á un punto del espacio); me querrá V. un poco de tiempo, y después... si te vi, no me acuerdo.

¡Qué rato tan delicioso, y tan infernal á la vez, me estaba haciendo pasar aquella niña! Para llevar la conversación á otro punto le pregunté:

—¿Cuántos años tiene V.? Hasta ahora no me lo ha dicho.

—Tengo... tengo... mire V., yo siempre digo que tengo catorce, pero la verdad es que no tengo más que trece y dos meses... ¿y V.?

—¡Una atrocidad! No me lo pregunte V., que me da vergüenza.

—¡Ah qué presumido! ¡Si yo le he de querer lo mismo que tenga muchos, que pocos!

En seguida me propuso que nos tratásemos de tú, pero después de aceptado se volvió atrás ofreciéndome que yo la tratase de tú y ella siguiese con el V. No quise conformarme.

—Pues mire V., yo no puedo hablarle de tú; me da

mucha vergüenza... Pero, en fin, vamos á ensayar.

Del ensayo resultó que para evitar el pronombre daba la pobrecilla infinidad de rodeos y se metía en una serie interminable de perifrasis: si se aventuraba á dirigirme un tú, lo hacía bajando la voz y pasando como sobre ascuas.

Cuando empezó el segundo acto, volvió á escuchar atentamente. Mis ojos no se apartaban casi nunca de su rostro: ella entornaba á menudo los suyos para dirigirme una sonrisa apretando al mismo tiempo mi mano. Observé no obstante que se había amortiguado un poco la viva expresión de su fisonomía y que iba perdiendo aquella graciosa volubilidad del principio. Las sonrisas de sus labios se fueron haciendo tristes, y por la cándida frente pasó una ráfaga de inquietud que comunicó á su lindo rostro infantil cierta grave expresión que no tenía. Parecía como que en virtud de un misterioso movimiento de su espíritu, la niña se transformaba en mujer en pocos instantes. Dejé de apretar mi mano y hasta retiré la suya: volví á cogerla disimuladamente, pero al poco tiempo la retiré de nuevo.

El segundo acto había terminado. Al bajarse el telón me hizo mirar el reloj y viendo las once dijo que era necesario partir en seguida, porque á las once y media, á más tardar, iba el criado á buscarla.

Salimos del teatro. La noche seguía tibia y estrellada: á la puerta aguardaba una larga fila de coches, que nos fué preciso sortear. Ya no había en las calles el movimiento de las primeras horas, pero con todo, seguimos las más solitarias. Teresa no quiso aceptar mi brazo como antes. Entonces me tocó llevar la voz cantante, y la dije al oído mil requiebros y ternezas, explicándola por menudo el amor que me había inspirado y lo que había sufrido en los días en que no pasé por su calle: recórdole todos los pormenores, hasta los más insignificantes, de nuestro conocimiento visual y epistolar, y le di cuenta de los vestidos que le había visto y de los adornos, á fin de que comprendiese la profunda impresión que me había causado. Nada replicaba á mi discurso; seguía caminando cabizbaja y preocupada, formando su actitud notable contraste con la que tenía tres horas antes al pasar por los mismos sitios. Cuando me detuve un instante a respirar, exclamó sin mirarme:

—¡Hice una cosa muy mala, muy mala. ¡Dios mío, si lo supiese papá!

Traté de probarle que su papá no podía enterarse de nada, porque llegaríamos demasiado temprano.

—De todas maneras, aunque papá no se entere, hice una cosa muy mala. Usted bien lo sabe, pero no quiere decirlo. ¿No es verdad que una niña bien educada no haría lo que yo hice esta noche?... Si lo supiesen mis primas, que están deseando siempre cogerme en alguna falta!... Pero no piense V., por Dios, que lo he hecho con mala intención... Yo soy muy aturdida... todo el mundo lo dice... pero también dicen que tengo buen fondo.

Al proferir estas palabras se le había ido anudando la voz en la garganta, hasta que se echó á llorar perdidamente. Me costó mucho trabajo calmarla, pero al fin lo conseguí elogiando su carácter franco y sencillo y su buen corazón, y prometiendo quererla y respetarla siempre. Me hizo jurar una docena de veces que no pensaba nada malo de ella. Después de secarse las lágrimas recobró su alegría y comenzó á charlar por los codos. Me expuso en pocos instantes una infinidad de proyectos á cual más absurdo: según ella, debía presentarme al día siguiente en casa, y pedirle al papá su mano: el papá diría que era muy niña, pero yo debía replicarle inmediatamente que no importaba nada: el papá insistiría en que era demasiado pronto, pero yo le presentaría el ejemplo de una tía, hermana de su mamá, que estaba jugando á las muñecas cuando la avisaron para ir á casarse. ¿Qué había de oponer a este poderoso argumento? Nada seguramente. Nos casaríamos, y acto continuo nos iríamos á Jerez, para que conociese á sus amigas y á sus tíos. ¡Qué susto llevarían todos al verla del brazo de un caballero, y mucho más, cuando supieran que este caballero era su marido!

Estaba tan linda, tan graciosa, que no pude menos de pedirle con vehemencia que me permitiese darla un beso. No fué posible. Ningún hombre la había besado hasta entonces; solamente su primo la había dado un beso á traición, pero le costó caro, porque le dejó caer dos vasos de limón sobre la cabeza: hasta en los juegos de prendas hacía que pusieran las manos delante, para que no le tocasen la cara con los labios. Pero cuando estuviésemos casados, ya sería otra cosa; entonces todos los besos que se me antojaran, aunque sospechaba que no se los pediría con tanto ardor como ahora.

Estábamos próximos ya á su casa. Los carruajes de la gente que volvía de las tertulias, al cruzar á nuestro lado, apagaban la voz de Teresa y la obligaban á esforzarse un poco. Las estrellas desde el cielo nos hacían guiños, como si nos invitasen á gozar apresuradamente de aquellos momentos felices, que no habían de volver. Á lo lejos sólo se veían, como fuegos fatuos, los faroles de los serenos.

Llegamos por fin á casa. Delante de la puerta, Teresa volvió á hacerme jurar que no pensaba nada malo de ella, y que al día siguiente á las dos en punto de la tarde, me presentaría debajo de sus balcones.

—Cuidado que no faltes.

—No faltaré, preciosa.



LAS DOS URRACAS — DIBUJO DE GÓMEZ SOLER



LA LECCIÓN DEL KORÁN — ACUARELA DE A. FABRÉS

—¿A las dos en punto?
 —A las dos en punto.
 —Llama ahora con un golpe a la puerta.
 Cogí la aldaba y di un golpe fuerte. Al poco rato se oyeron los pasos del portero.
 —Ahora —dijo en voz bajita y temblorosa— dame un beso y escápate de prisa.
 Al mismo tiempo me presentaba su cándida y rosada mejilla. Yo la tomé entre las manos y la apliqué un beso... dos... tres... cuatro... todos los que pude hasta que oí rechinar la llave. Y me alejé a paso largo.
 Dejé de hablar D. Ramón.
 —¿Y después, qué sucedió? —le pregunté con vivo interés.
 —Nada, que aquella noche no pude dormir de remordimientos y al día siguiente tomé el tren para mi pueblo.
 —¿Sin ver a Teresa?
 —Sin ver a Teresa.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

SOBRE MOTIVOS

DEL

ÚLTIMO DRAMA DE ECHEGARAY.



El Sr. D. José Echegaray era hace dos lustros un ingeniero notable, un matemático insigne, un político excelente, para sus amigos, y mediano para sus contrarios. Yo ví por vez primera, de cerca, al sabio Echegaray en aquel tiempo, y en ocasión trágica por cierto. Un hijo del Sr. D. Gabriel Rodríguez, el íntimo amigo del ex-ministro, se había ahogado en el estanque grande del Retiro. Los poco expertos marineros de aquel mar interior buscaban el cadáver con garfios de hierro; primero salió enganchado un bulto, era la capa del ahogado... El padre desde el embarcadero contemplaba la terrible pesca... Echegaray estaba á su lado, con el rostro lívido, pero sin gesto alguno de dolor; no hablaba, excusaba consuelos inútiles que prodigaban los demás. Los garfios volvieron á hacer presa en algo más pesado... salió del agua el cuerpo del naufrago... el del padre se desplomó, entre los brazos de Echegaray, dando un grito de terror que no olvidaré nunca. Así conocí yo al trágico que después aterró á España con tantas muertes de teatro...

Echegaray no ha hecho el drama de colegio, de que hablan tanto los críticos de Schiller, Goethe, etcétera. —Le falta aquella etapa de la vida del literato en que se escribe para el fuego, como aconseja el autor de *Catalina Howard*. Mientras otros poetas, que después habían de quedarse á la zaga, escribieron versos á la luna y su respectivo Gran Cerco de Viena, Echegaray se entretenía con los dibujos complicados de la Estereotomía: no fabricaba entonces sus famosos castillos roqueros, llenos de grifos y de endriagos en los historiados muros, natural escala de amantes audaces; entonces aprendía á fabricar puentes prosaicos y sólidos. No ha sido jamás un aprendiz de poeta; que se sepa á lo menos. Esto es lo que no le perdonan sus enemigos. Y lo mismo que es causa de la enemistad es arma para los que mantienen estos odios. ¿Cómo! dicen algunos, nosotros literatos de profesión y de toda la vida, ¿hemos de dejar que nos suplante en la admiración del público un advenedizo, que no ha hecho planas de primera en el arte difícil de la rima? Esto les enfurece; y como la mayor parte de los defectos de Echegaray, como poeta, nacen de esa falta de aprendizaje, se le echan encima en cuanto su inexperiencia le deja caer en un desliz. Echegaray, por ejemplo, no se cuida de la distribución de los colores; acumula las escenas borrascosas, abusa de los parlamentos insignificantes, puramente narrativos de los criados y demás papeles secundarios; deja pasar á veces ripios de los más inocentes, y que ve el menos malicioso;... pues toda esto es para sus enemigos causa de escándalo y gritan: ¿cómo se llama artista á un hombre que de cinco personajes que tiene su obra (*Conflicto entre dos deberes*) sólo á dos deja en pie? ¿Cómo se llama maestro al que explica en monólogos el ar-

gumento de un drama; al que dispone el conflicto de una obra como quien coloca las piezas sobre el tablero para plantear un problema de ajedrez? Y ¿cómo se llama poeta al que busca al rey moro de Jerez sin otro propósito que hacerle servir de consonante al castillo de Argelez; y al que dice:

en esta de infamias lid

para que venga bien con Madrid; y hace hablar á un abogado de nuestros días de la *luz febea* y obliga á la gente de levita á echarse denuestos en romance heroico? ¿Dónde está la habilidad? ¿Dónde el arte y el gusto? Compárese esto con la manera de Ayala, de Tamayo... etc., etc. Hasta aquí la parte contraria. Yo diré en pro de mi defendido que mucho de eso que le echan en cara es verdad y es digno de censura, pero lo que no es cierto es que tenga la importancia que quieren darle, toda esa parte flaca del arte de Echegaray. Se ve siempre al poeta que no ha luchado en la *época inédita* con las dificultades materiales del oficio, que lucha ahora y delante del público, no en la oscuridad de sus manuscritos ignorados. Pero tales defectos, sin que yo pretenda que son lunares que añaden gracia, como, hablando de otros autores, sostiene cierto revisero, tampoco son de tal importancia que eclipsen las grandes bellezas del ingenio de Echegaray. Este hombre universal, consagrado á tan diferentes estudios, si pierde algo por el concepto indicado, gana mucho con ser más sabio que la mayor parte de nuestros literatos. Su inteligencia ha tenido que aplicarse á muchos órdenes de la vida, y su fantasía se ha robustecido con esta abundancia de material para sus composiciones, al par que el lenguaje se ha enriquecido también y ganado en la exactitud y en la energía consiguiente.

Además, aquel á quien no ciegue la pasión tendrá que confesar que hoy escribe Echegaray mejor que cuando comenzó á sorprender al público con sus inesperados triunfos escénicos: sin haber perdido en vigor, grandilocuencia y brillantez, ha ganado en sobriedad, y ha llegado al natural lenguaje del teatro, hasta donde es posible llegar, á lo menos insistiendo en usar el verso. Hay escenas en el último drama, en el tercer acto sobre todo, dialogadas con primorosa verdad y sencillez: los personajes, á pesar del metro, hablan como deben y no es esto muy común en nuestra gloriosa escena; tan gloriosa como alejada de la realidad de la vida.

No es esto decir que podamos saludar en el gran ingenio de Echegaray al Mesías del teatro naturalista, por que tanto suspiramos; nada de eso: Echegaray es un romántico puro; su realismo podrá ser algo en la apariencia, en la forma, pero en lo esencial siempre será el autor idealista. Y no hay para qué pedir que cambie. Ni la observación, ni el estudio del carácter, ni la habilidad en el imitar el natural movimiento de los fenómenos de la vida social, son cualidades que posee; su gran talento sirve para cosa bien distinta; es el adivino de la pasión y sus gritos; las crisis tremendas de los afectos opuestos le inspiran sus escenas admirables; no importa que escoja el siglo actual en el tiempo y por asuntos los que parecen más vulgares y ordinarios, una quiebra, una calumnia, un adulterio de los corrientes... no le veréis jamás abordar esta materia como lo haría un Augier, ni siquiera como Dumas; su protagonista siempre parece haber vivido en siglos que nos figuramos románticos y poéticos.

Muchas veces también parece que Echegaray se propone ser *tendencioso* como dicen muchos; en sus dramas, hasta en el título se ve una tesis; se ve que el autor va á complacerse en presentar uno de esos problemas sociales que á los ojos de los literatos no suelen tener solución, como no la tienen los problemas de la trigonometría para quien no sabe matemáticas: por fortuna el mismo instinto del ingenio lleva á Echegaray pronto fuera de este camino sin salida; y vence la pasión, y lo que comenzó siendo fórmula de una especie de álgebra sociológico-teatral, que gusta á muchos, acaba siendo poética figura, interesante, falsa acaso como carácter, pero

verdadera y poderosa como reflejo fiel de una pasión.

Todo esto sucede en *Conflicto entre dos deberes*. Al principio parece que se trata de este rompecabezas ¿el mundo espiritual tiene leyes fijas como el material, con arreglo á las cuales se pueda clasificar en gerárquica subordinación la fuerza y el valor de los deberes? El protagonista se ve luchando entre dos que estima obligaciones; no sabe cuál de ellas es más fuerte: problema. Por fortuna, todo esto se acaba pronto; bien se ve, en cuanto la reflexión ayuda un poco al personaje, que la lucha está entre el deber de entregar un depósito, de no aprovechar la confianza de una pobre huérfana en perjuicio suyo, y la tentación de salvar al que es bienhechor del depositario y padre de su amada. Raimundo, que así se llama el protagonista de *Conflicto entre dos deberes*, declara que conoce su obligación, pero que hará lo contrario, y desde este momento la realidad aparece con todas sus energías dramáticas en la escena, y comienza á ser esta obra de Echegaray la menos falsa de las suyas, la que más se acerca al teatro que debemos desear todos, el que puede ser reflejo de la verdad de la vida.

Se ha alabado el primer acto como exposición perfecta; hay en él, es cierto, naturalidad en el movimiento escénico, sencillez y gracia en la preparación de lo que llaman el conflicto, pero no anuncia esta exposición el drama de pasión fuerte, de vigorosa contextura que aparece en la segunda mitad del acto segundo, desde el momento antes indicado. Al llegar aquí bien se puede elogiar sin reservas, ni aun mentales, al poeta que ha sabido hacer hablar de manera tan propia, con tanta fuerza y con tan feliz expresión á las pasiones que pone en lucha. A pesar de la abundancia de palabras parece aquello sobrio; hasta los conceptos, hasta las figuras retóricas se ciñen de tal modo al asunto, que se me antojan oportunos, naturales. Verdadero entusiasmo produjo en el público la escena en que Raimundo se rinde á la gratitud y al amor, y la que sigue, rápida, vehemente, que consiste en el choque de dos caracteres indomables. Con arte trae el autor á Baltasar en el momento en que Raimundo olvida el deber; porque Baltasar quiere por fuerza lo que es suyo en justicia, los papeles depositados, y Raimundo, fiándose á uno de esos sofismas terribles del mundo, ya ve un motivo legítimo para no entregar el depósito: la fuerza que quieren hacerle. Contra la justicia, una idea, una sombra, temía luchar; contra un hombre ya es mucho más fácil.

Hay verdadero valor de observación psicológica en esto, así como en la facilidad que encuentra la prometida de Raimundo en el olvido de una obligación: Raimundo quería engañarse diciéndose que por gratitud era desleal; pero su amada, hiriéndole sin querer en la conciencia, y leyendo de corrido en su corazón, viene á decirle: —Por amor, ya se ve, haces lo que haces.

En los primeros días de la representación, el tercer acto no agradó á muchos espectadores tanto como el segundo. Pero la crítica, acertada esta vez, hizo notar que en el tercer acto estaba lo mejor del drama, como tal. Así lo creo yo también. Lo que disgustó fué principalmente el final; sin que se espere se ve un suicidio, que aunque verosímil, no era esencial en el argumento; al mismo tiempo anda por la escena un moribundo, y la hija del suicida cae desplomada: sólo quedan en pie dos personajes. El público no transige con esto. No le importa que en la plaza de toros maten de veras á un diestro, pero en el teatro no quiere sangre.

Es claro que no puede defenderse esta lenidad inoportuna del público; pero sin darle la razón por completo, cabe desear que los dramas no se hagan siempre *in articulo mortis*. Por lo demás, el drama de Echegaray, para ser todo lo que es, no necesitaba tantas desgracias.

Aparte de eso, las escenas en que Baltasar vuelve á reclamar la justicia para su padre muerto, los papeles que delatan al asesino, y en que Raimundo resiste á sus provocaciones, y D. Joaquín, sin que-

rer, se declara matador, son vivas, de una realidad que engaña á cualquiera, porque parecen la propia vida, y este es el encanto mejor y más legítimo del teatro. ¿Y qué decir de aquel diálogo cortado, intenso en el interés de la poesía, sin necesidad de recursos retóricos? En eso está el paso mejor que Echegaray ha dado en lo que estimo que es el buen camino.

Para concluir: los dramas de Echegaray, y este más que otro alguno, no pueden ser apreciados en todo lo que son si no se ven representados de la manera acertada de que, aproximadamente, lo fué *Conflicto entre dos deberes*. El que quiera convencerse acuda allí, oiga y vea, y no será sincero si no confiesa que, como á todos, le arrastran aquellas oleadas de ingenio que se suceden y precipitan, sin dar tiempo á más que á admirar, entusiasmarse y aplaudir.

Esta es la verdad. Si cuestión de escuela fuese, yo sería el primer enemigo de Echegaray; pero es cuestión de genio, y á este hay que seguirle y alabarle por donde quiera que vaya.

CLARÍN.

MIGNON



(Conclusión)

LEGÓ por fin la segunda crisis.

La compañía de cómicos puso en escena el *Hamlet*, desempeñando Guillermo el papel de protagonista. La representación fué solemne, llena de peripecias, y el éxito un verdadero triunfo.

Terminada, celebróse éste con una opípara cena.

Dejemos la palabra á Goethe:

«En la algazara del festín no se había notado la ausencia de los niños y del arpista. (Los niños eran Mignon y Félix. El arpista era el ignorado padre de Mignon, que por un conjunto de circunstancias novelescas había ido á parar en compañía de Guillermo y de su hija.) Mas pronto se les vió entrar en graciosa comitiva. Los tres vestían trajes sumamente pintorescos. Félix tocaba los hierrecillos, el anciano el arpa, y Mignon la pandereta. Dieron la vuelta á la mesa cantando. Sirviéronse de comer, y los convidados se divertieron dando á beber á los niños cuanto vino pedían. Estos no paraban de brincar y cantar. Mignon, sobre todo, estaba alborotada y alegre de una manera en ella insólita. Tocaba la pandereta con gracia y brío infinitos: ora, para hacerla gruñir, pasaba la yema del dedo por el pergamino; ora lo golpeaba con el reverso de la mano ó con los nudillos; dábale con él á veces en las rodillas ó en la cabeza con ritmos animados, ó ya la enarbolaba haciendo sonar tan sólo los cascabeles. Por fin, después de gran algazara, sentáronse ella y Félix juntos en un gran sillón desocupado. Sus cabecitas asomaban por encima de la mesa como las de dos muñecos que saltan de su caja, y para redondear la analogía, ocurriéronse improvisar un entremés de títeres. Mignon imitaba perfectamente la voz nasal de estos, y con tanta furia se daban el uno al otro con la cabeza ó en el borde de la mesa, que no lo hicieran, sin riesgo de quebrarse, dos muñecos de legítimo palo. Mignon parecía una loca; á tal extremo que los cómicos, que al principio lo tomaban á broma, hubieron de mandarles por fin que callasen. Pero fué en balde, porque se puso en pié de un brinco y, como una espiritada, echó á correr alrededor de la mesa sacudiendo furiosamente su pandereta. Flotaban sueltos sus cabellos, y como llevaba la cabeza echada atrás y disparaba, por decirlo así, sus miembros al aire, parecía una de aquellas Bacantes cuyas salvajes y cuasi imposibles actitudes tanto nos asombran en ciertos monumentos antiguos.»

Terminó la fiesta, y al ir á salir Guillermo, sintióse cogido por el brazo, y experimentó en él al propio tiempo agudísimo dolor. Era Mignon que estaba en acecho, y que al pasar él, le había pega-

do un mordisco, tras de lo cual se escurrió por la escalera y desapareció.

Llegado á su cuarto, Guillermo, semi-ebrio también, se desnudó, apagó la luz y se metió en cama. Iba ya á dormirse, cuando oyó un leve ruido. Incorporóse, pero de improviso se sintió ceñido por dos brazos, y unos labios sellaron los suyos con ardiente beso que no tuvo el valor de rechazar. ¿Era Mignon? No; Guillermo no averiguó hasta algún tiempo después el secreto de aquella misteriosa noche. Aquella mujer era Filina, otra de las creaciones de Goethe en el *Wilhelm Meister*, la nota graciosa y festiva como Mignon es la nota triste y elegíaca. Mignon, cuya malicia inocente habían semi-desvelado las libres conversaciones de las mujeres que la rodeaban y cierta canción equívoca en boga entre los cómicos, había soñado, sin saber á punto fijo lo que era su sueño, con una noche como aquella que hiciese duradero el goce indefinible que le producían sus caricias á Guillermo. Pero el instinto innato del pudor la retraía de toda tentativa. La embriaguez de la noche del *Hamlet* dió al traste con todo. Mas cuando iba á penetrar en el cuarto de Guillermo, adelantósele una forma blanca desconocida. Su dolor fué horrible; apoderáronse de ella los celos más atroces, y apenas tuvo tiempo de llegar al cuarto del arpista donde cayó rendida á un segundo ataque en el corazón.

Aquella noche, Mignon se hizo mujer.

Cuando á la mañana siguiente entró el almuerzo á Guillermo, quedó éste aterrado al ver su aspecto. Estaba desecajada: parecía que en solas aquellas pocas horas hubiese crecido; su aire era imponente y noble, y la mirada que en él fijó, tan severa y tan profunda, que Guillermo no pudo sostenerla. No le hizo la más insignificante caricia, ella que no le hallaba al paso sin apretarle la mano ó besarle en la mejilla, en el brazo, en la espalda ó en la boca. Luégo de servido el almuerzo, se retiró sin haber dicho una palabra.

Pero Mignon estaba herida de muerte.

Después de una breve ausencia de Guillermo, y como al regresar la encontrase muy desmejorada, resolvió mandarla al campo, á casa de cierta Teresa con quien había contraído amistad en el viaje.

—Meister, respondiéndole Mignon al serle comunicada la noticia, deja que permanezca á tu lado; será mi bien y mi mal.

Hízole observar Guillermo que iba haciéndose mayor y que era menester que se instruyese.

—Soy bastante instruída para amar y llorar.

Insinuóle él que el estado de su salud exigía solícitos cuidados.

—¿Á qué inquietarse por mí? ¿Hay tantas cosas en qué pensar!

Como insistiese:

—No me quieres á tu lado: tal vez sea mejor.

Guillermo invocó la razón.

—La razón es cruel: el corazón vale más. Pero en fin, iré á donde quieras con tal de que me dejes á tu Félix.

Llevaronla á casa de Teresa, y de allí, algún tiempo después, al vecino castillo de cierta baronesa Natalia.

Tenía ésta unas cuantas albergadas de cuya educación se había encargado por espíritu de caridad. Para celebrar el natalicio de dos de sus educandas, hermanas gemelas, prometiéndoles que un ángel iría á traerles los regalos. Mignon era la destinada secretamente á representar aquel personaje. Vistiéronle luenga túnica blanca; ceñía su seno un cinturón de oro, y una diadema de oro sus cabellos. Pusieronle dos grandes alas doradas, en una mano un lirio, y una canastilla con juguetes en la otra.

—Es Mignon—exclamaron en coro las niñas al verla aparecer.

—¿Eres un ángel?—le preguntó una de ellas.

—¡Ojalá lo fuese!

—¿Y por qué llevas este lirio en la mano?

—¡Oh! Si mi corazón fuese puro como él... sería dichosa.

—Y las alas, ¿cómo están hechas? Déjanoslas ver.

—Son el emblema de otras más hermosas que no se han desplegado todavía.

Cuando luégo trataron de quitarle su túnica, negóse obstinadamente á ello, y quiso vestirla siempre más, renunciando por vez primera al traje de niño que no se había quitado todavía.

El ángel se preparaba para la muerte vecina.

Porque su enfermedad iba minándola rápidamente. Habíanse reproducido los espasmos de corazón: á veces desaparecía en ella toda huella de vida, mas luégo sobrevenía la reacción, y su corazón latía con extraordinaria violencia.

Llamaron á Guillermo por temor á una catástrofe inminente. Mignon le recibió con tranquila serenidad. Pareció que mejorase. Gustaba de pasear por el jardín colgada de su brazo, y aunque en ciertos momentos parecía como que se desprendiese de todo lo humano, notábase sin embargo visiblemente que volvía á tomar creces la atracción que en ella ejercía Guillermo.

Un día estaban Natalia y éste departiendo sobre Teresa, cuyo proyectado enlace con el último habían venido á contrariar imprevistas complicaciones. De pronto vieron llegar corriendo disparados á Mignon y Félix. Yo, yo llegaré primero, gritaban.

Mignon se adelantó: venía jadeando, y sin poder articular una palabra cayó rendida en los brazos de la baronesa; el corazón le latía fuertemente. Habían apostado ella y el niño á quién llegaría el primero á dar la noticia de que estaba allí mamá Teresa.

—¡Ah pícaro!—dijo Natalia á Mignon—¿no sabes que se te ha prohibido todo exceso de fuerzas? ¿Cómo te late el corazón!

—Que se rompa de una vez—dijo Mignon arrancando del pecho un hondo suspiro.—¿Todavía no ha latido bastante?

Pasada la primera confusión producida por aquel accidente, Teresa penetró en el salón.

—Amigo, amado mío, esposo mío—exclamó arrojándose en brazos de Guillermo.

De improviso Mignon se llevó al corazón la siniestra mano, tendió el brazo derecho, y lanzando un grito cayó desplomada á los piés de Natalia.

Embalsamaron su cuerpo, vistiéronle la blanca túnica, ciñéronle con cinturón de oro el seno y los cabellos. Cuando la vistieron así por vez primera, cantó una canción que comenzaba: *dejad que lo parezca mientras llegue la hora del ser*. Había llegado la hora; ya no parecía un ángel; lo era.

Enterraron su cuerpo en un sarcófago antiguo, delicado resto del gran arte clásico, que ocupaba el centro de la misteriosa *Sala de lo pasado*, singular panteón, vestido de primores artísticos, que en el castillo había hecho construir el primer dueño.

Sus funerales fueron digna apoteosis de su vida. Paños azul celeste tapizaban hasta el zócalo las paredes de la estancia. Ardían velas de cera en los cuatro grandes candelabros erigidos en los ángulos, y en los cuatro más pequeños que flanqueaban el purísimo sarcófago. Cuatro mancebos con traje azul celeste tachonado de plata balanceaban anchos abanicos de pluma de avestruz como para purificar el aire en torno del hermoso cadáver. Coros invisibles alternando con los cuatro mancebos, cantaron diálogo armonioso celebrando la hermosura de Mignon, llorando su muerte y anunciando en entusiasta himno su plena resurrección en el empero de la belleza y del eterno amor.

En ese cielo purísimo que ha creado la fantasía de los grandes inspirados, en ese cielo en cuyas insondables lontananzas brillan los astros de poesía que se llaman Dido, Cloe, Tisbe, Francesca de Rimini, Ofelia, Desdémona, Margarita y tantas y tantas sublimes creaciones del genio, fulgurará siempre con inmortal destello la figura simpática de Mignon. Pasarán las edades, trocaránse los gustos, y Mignon vivirá. Porque hay algo superior á las sugerencias de la moda y al exclusivismo de las escuelas: y este algo, ficción ó realidad, es la verdadera belleza.

J. SARDÁ.

MARTA Y MARIA

NOVELA DE COSTUMBRES

(INEDITA)

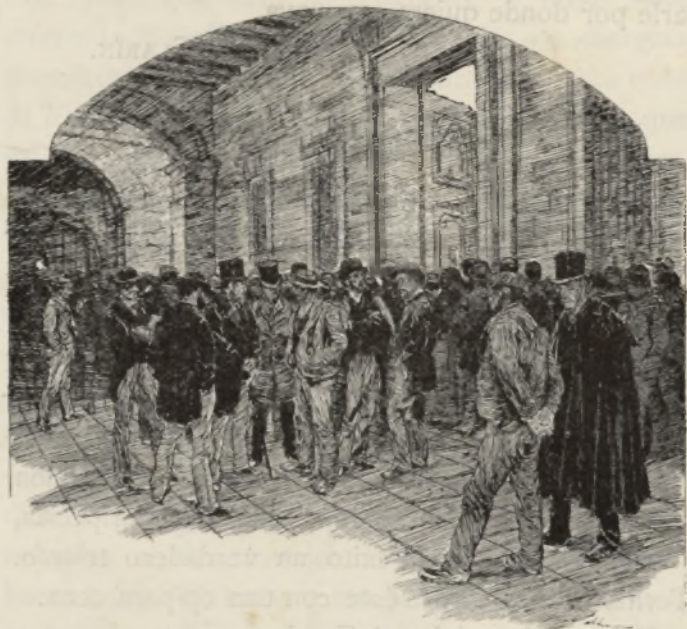
ORIGINAL DE DON

A. PALACIO VALDÉS



ILUSTRACIÓN DE

J. LUÍS PELLICER



DRAMAS DE SHAKSPEARE

(TOMO II)

TRADUCCIÓN DE

JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ



JULIO CÉSAR—COMO GUSTÉIS

COMEDIA DE EQUIVOCACIONES



LAS ALEGRES COMADRES

DE WIDNSOR

ILUSTRACIÓN DE

LOS PRINCIPALES ARTISTAS ALEMANES



E. DOMENECH Y C.^a—BARCELONA

Imp. de F. Gmó, Ausias March, 97